



CAPÍTULO OCTAVO CUATRO DÍAS DE JULIO

“Los hombres y oficiales a sus órdenes han dejado escrito el nombre de Virginia a una altura donde nunca había sido escrito antes”, general Robert E. Lee a George Pickett, después del fracaso de su carga.



La protección de Richmond, la capital de la Confederación, era la principal competencia del ejército del Norte de Virginia desde que fuera creado. Pero el general Robert E. Lee razonó, hábilmente, que para mantener la capital de los Estados Confederados del Sur, no tenía por qué adoptar necesariamente una postura defensiva. Tras su victoria en Chancellorsville a comienzos de mayo de 1863, el taimado general Lee decidió no rechazar los renovados avances del ejército de la Unión, que se producirían en el futuro, con toda probabilidad en el próximo verano. En cambio, garantizaría igualmente la seguridad de la capital y aliviaría la presión llevando la guerra otra vez al Norte —al estado de Pensilvania— obligando al ejército del Potomac a seguirle. Era algo así como quemar sus naves y no mirar atrás, una huida hacia delante que tendría como resultado una posición de fuerza frente a la Unión en una futura paz negociada o, por el contrario, si era derrotado, perdería la iniciativa en la guerra. Entonces no tendría otro camino que iniciar una táctica defensiva, algo que no cuadraba con la visión militar de Robert E. Lee y que significaría el fin de la Confederación.

El coronel Long, secretario personal de Lee, escribió con posterioridad a la guerra: “Este plan tenía un objetivo decidido. No pensaba alcanzar Filadelfia, como se temió después en el Norte. Se contentaba con que el ejército federal, si era derrotado en una batalla campal, quedara seriamente desorganizado y se viera obligado a rendirse y



retirarse tras el río Susquehanna¹. Este hecho daría el control a la Confederación de Maryland, el oeste de Pensilvania y, con toda probabilidad, el oeste de Virginia². Caería Washington y el gobierno federal en pleno. Es más, se aliviaría la situación en el oeste, donde la Confederación no atravesaba buenos momentos. Todas estas opciones planteaban una invasión del Norte cuanto antes”. Pero había una consideración más importante que obvió el coronel Long: la comida. Lee pretendía sobrevivir de los recursos del territorio federal. Ya Virginia se encontraba muy castigada por la guerra y precisamente el Sur carecía de los recursos esenciales para afrontar un conflicto de larga duración. Su talón de Aquiles fue, por tanto, abastecer de comida y munición a sus hombres.

A finales de mayo, el ejército del Norte de Virginia se incrementó en unos 77.000 efectivos y fue reorganizado en tres cuerpos. El primero de ellos estaba al mando de James Longstreet, el segundo a cargo de Richard S. Ewell y el tercero sería para Ambrose P. Hill. En junio, el colosal ejército se puso en marcha al oeste de las defensas de Fredericksburg, siguió al norte por el valle del Shenandoah, cruzaron luego el río Potomac y se adentraron en territorio de la Unión. Hooker tardó tres días en conocer que Lee no se encontraba a la otra orilla del río Rappahannock. Cuando lo supo, hizo planes para atacar a Richmond, lo que habría acabado de un plumazo con el farol de Lee. Pero el gabinete del presidente Lincoln intervino para recordar a Guerro Joe Hooker que sus prioridades inmediatas eran la protección de Washington y la persecución y destrucción del ejército confederado.

GETTYSBURG

El problema de Hooker era que no sabía realmente dónde se encontraba Lee. Los informes de sus patrullas de caballería variaban. Sin embargo, se dirigió al norte, cuidando de mantener a sus 95.000 hombres entre la capital y la probable situación de los rebeldes. Desde la cara oeste

¹ Río que nace en el estado de Nueva York, atraviesa Pensilvania y desemboca en Maryland. Es uno de los ríos más largos del Este de la nación, con cerca de 715 kilómetros de longitud.

² La parte oeste del estado de Virginia se separó en 1862. Fue admitido como Estado de la Unión el 20 de junio de 1863 con el nombre de Virginia Occidental. Este hecho singular fue el único ajuste geográfico tras la guerra.



de las Blue Ridge Mountains, Lee también ignoraba los movimientos del enemigo, porque la caballería del díscolo J.E.B. Stuart no estaba en contacto con él, así que su gran ejército caminaba a ciegas en territorio federal, hasta el día 28 de junio, cuando un espía³ le dijo a Lee que el ejército de la Unión se encontraba a tan sólo 40 kilómetros de Frederick, Maryland. Lee también supo, por sus fuentes de inteligencia, que Hooker había pedido el relevo del mando y que su propuesta había sido aceptada por el gobierno de Washington. El reemplazo llegó pronto, pues se puso al mando el general George Gordon Meade, un hombre al que Lee conocía y respetaba bastante, un verdadero rival, el primero en lo que llevaba de guerra.

Meade fue siempre un soldado duro y apasionado. Nació el 31 de diciembre de 1815 en Cádiz, ya que su padre era agregado naval de Estados Unidos en España. Con tan sólo 16 años ingresó en West Point. Se graduó en 1835 y sirvió durante un año como oficial de Artillería. Abandonó las armas y se dedicó a la ingeniería civil, pero tras casarse en 1840 y no encontrar suficientes recursos económicos para mantener a su familia, decidió volver al servicio activo como teniente. Sirvió en México y después pasó la mayor parte de su tiempo en el cuerpo de ingenieros. Cuando estalló la guerra civil obtuvo un destino como general en un regimiento de Pensilvania. Inicialmente fue empleado en la construcción de fuerte Pensilvania, una plaza situada en las defensas cercanas a Washington. No llegó a ver acción hasta la campaña de la Península, donde fue herido mientras dirigía una brigada en Glendale, Virginia, el 30 de junio de 1862. A partir de entonces ascendió de forma meteórica. Mandó toda una división en Antietam, lo propio en Fredericksburg y el quinto cuerpo en Chancellorsville, en mayo de 1863. Es en esta época cuando fraguó la idea de ser un luchador tenaz,

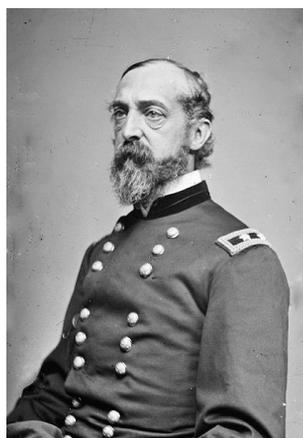


Fig. 50 George G. Meade

³ El espía Henry Thomas Harrison nació en 1832 en Nashville, Tennessee, y murió a los 91 años, el 28 de octubre de 1923. Estuvo principalmente al servicio del general James Longstreet, al que conoció durante la batalla de Suffolk, Virginia. Su tumba se encuentra en el cementerio de Highland, Fort Mitchell, Kentucky.



una circunstancia que no escapó a los ojos del presidente Lincoln en los momentos más críticos para la Unión. De esta forma, en junio de 1863, cuando tenía que nombrar a un nuevo comandante para el ejército del Potomac, optó por él. Murió de neumonía el 6 de noviembre de 1872.

Volvamos a Pensilvania. El último informe que recibió el general Lee de inteligencia le hizo cambiar los planes en el último momento. Dio órdenes para que sus tres cuerpos de ejército se encontraran en la ciudad de Cashtown, a 56 kilómetros al suroeste de Harrisburg, la capital del estado de Pensilvania. Mientras tanto, Meade avanzó astutamente sus tropas hacia el norte para encontrarse en una buena posición defensiva. Las patrullas de los dos impresionantes ejércitos se avistaron en la tarde del martes 30 de junio en la pequeña localidad de Gettysburg⁴. Afortunadamente para la Unión, el hombre adecuado se encontraba en el lugar oportuno cuando estalló la lucha: el general John Buford⁵, comandante de la primera división de Caballería. Consideró, toda vez que examinó el escenario de la batalla desde el campanario del Seminario Teológico –el edificio más alto de la ciudad– desmontar a la caballería y desplegar a sus hombres como infantería para que sus carabinas de retrocarga (arma mucho más avanzada que los mosquetes) se utilizaran con mayor precisión y efecto. Su idea tuvo un éxito arrollador porque además ocupó a toda prisa la tierra alta del campo de batalla, que Buford consideraba fundamental. Con algunos apuros en Chambersburg Pike consiguió detener a los confederados hasta que llegaron los primeros refuerzos, los hombres del general John F. Reynolds⁶.

Tanto Lee como Meade se encontraban muy lejos de la batalla, por lo que poco pudieron influir sobre su curso. Ningún comandante quería

⁴ A pesar de ser la batalla más sangrienta del conflicto, tan sólo se cobró una víctima civil, una joven de veinte años llamada Jennie Wade. Se encontraba en la casa de su hermana casada, en la calle Baltimore, cerca de Cemetery Hill. La casa se situaba en una zona patrullada por los confederados. Se intercambiaron disparos, pero el grueso del combate estuvo en otros lugares. La mañana del tres de julio una bala perdida de cañón le atravesó la espalda mientras amasaba pan.

⁵ Nació el 4 de marzo de 1826 en el condado de Woodford, Kentucky. Se graduó en West Point en 1848. Al recibir una oferta de la Confederación declaró: “Viviré y moriré bajo la bandera de la Unión”. Después de encargarse de la defensa de Washington fue herido en la segunda batalla de Bull Run. Posteriormente comandó la primera división de Caballería federal. El 16 de diciembre de 1863 murió de unas fiebres tifoideas en la capital de la Unión.

⁶ Nació el 20 de septiembre de 1820 en Lancaster, Pensilvania. Cayó mortalmente herido en cuanto posicionó a sus hombres en el campo de batalla. Muy querido por sus hombres murió en primera línea, debido a la puntería de un tirador de primera confederado.





luchar en Gettysburg, pues se situaba en la confluencia de diez caminos. Pero ahora que elementos de los dos bandos habían colisionado de forma accidental, enviaron rápidamente tropas a la zona. Aunque los federales tenían un ejército más fuerte y mejor pertrechado que los confederados, se hallaban más lejos de Gettysburg. Los cuerpos de A.P. Hill y de Ewell presionaron la línea unionista hasta hacer insostenible su situación. Uno de los cuerpos que más duro resistió fue el del general John F. Reynolds, pero se vieron obligados a retirarse y abandonar la ciudad⁷. Cuando Lee llegó al campo de batalla se encontró con que Ewell y A.P. Hill ocupaban el norte y oeste de la ciudad. Frente a ellos, los federales se habían concentrado en Cemetery Hill, una colina al sur de Gettysburg. Lee advirtió que había que tomar la colina antes de que la guarnición que la defendía la fortificara. Le dijo al general Ewell –dirigía ahora las tropas del difunto Muro de Piedra Jackson– que tomara el terreno elevado “si era posible”, una orden típica que Lee daba regularmente a Jackson, quien entonces formulaba su propio plan para ejecutar los deseos de Lee. Ewell, sin embargo, interpretó la orden literalmente, es decir, que no era posible que sus regimientos prepararan otro ataque, pues habían sufrido graves bajas. Esa incapacidad para tomar la tierra alta le costaría caro a la Confederación.

Mientras tanto, los refuerzos federales iban llegando a marchas forzadas. El general Winfield S. Hancock, que había sustituido a John F. Reynolds después de su muerte, formaba poco a poco una línea defensiva de dos kilómetros en las colinas que se situaban al sur de Gettysburg en forma de anzuelo. Colocó su ala derecha sobre Culp’s Hill, continuó luego al sur por otras dos colinas prominentes, Big Round Top y Little Round Top, donde situó su flanco izquierdo. El general Meade, que llegó a Gettysburg el miércoles 1 de julio, aprobó el movimiento de las tropas sobre el terreno. Lee, que se había refugiado en el cuartel general cerca de A.P. Hill, planificaba las órdenes para el día siguiente. A pesar

⁷ John L. Burns, un exalguacil de Gettysburg, con setenta años, se enfureció al ver cómo los confederados entraban en su ciudad. Tomó su viejo fusil y se presentó voluntario en las líneas de la Unión. Le encuadraron en el 150º de Pensilvania, al mando del coronel Wister. Herido por tres veces, fue capturado por los confederados, pero pudo volver a casa. El poeta Bret Harte le dedicó unos versos. Hasta Lincoln lo visitó cuando llegó a Gettysburg en noviembre de ese mismo año. Murió en 1872 y desde 1903 es recordado perpetuamente con una estatua en su honor.





de maniobrar a la derecha de Meade –propuesta muy acertada de James Longstreet porque evitaba un enfrentamiento con los federales atrincherados en las colinas– y plantar batalla en el terreno de su elección, el instinto le decía a Lee que tenía que atacar en Gettysburg, esto es, hacer presión en la izquierda de Meade. El plan de Lee era el siguiente: atacar a primeras horas del día 2 de julio el flanco izquierdo de la Unión con las tropas de refresco de Longstreet. Sin embargo, Lee desconocía la posición exacta de los federales. Al formular esta ofensiva, anticipó que el peso del ataque era oblicuo, es decir, una maniobra simple de flanqueo, suficiente creía Lee para envolver a toda la línea federal a lo largo de Cemetery Ridge.

En cuanto empezara el ataque de Longstreet, se haría lo mismo en el flanco derecho de Meade, se montaría un asalto en toda regla si la posibilidad de tener éxito pareciera prometedora. A.P. Hill crearía una distracción en el centro de la línea, principalmente con la artillería. Con un poco de suerte, los federales no podrían decir dónde iba a producirse el ataque principal hasta que fuera demasiado tarde. El plan de Lee debía contar con una cooperación y coordinación precisas, que al final acabarían por no cumplirse. Las cosas empezaron a ir mal cuando Longstreet, actuando con lentitud, retrasó su ataque a las cuatro y media de la tarde. Poco antes, Meade había descubierto para su horror que su tercer cuerpo de ejército, el del general Daniel Sickles⁸, había adelantado su posición hasta lo que consideraba una línea mejor. El saliente así formado, delante y fuera de contacto con el resto de la posición de la Unión, casi condujo al desastre. Por fortuna para la Unión, Meade envió al jefe de ingenieros, el general Gouverneur K. Warren⁹, en tareas de inspección a lo largo de la línea de batalla. Con asombro contempló Warren que la colina Little Round Top se encontraba completamente desprotegida sobre las tres y media de la tarde, por lo que llegó a dos conclusiones: la cima era una

⁸ Nació en Nueva York el 20 de octubre de 1819. Su insubordinación casi le cuesta la batalla de Gettysburg a la Unión. Una bala de cañón le destrozó la pierna derecha, que donó posteriormente al Museo de Medicina Militar de Washington. Fue condecorado con la Medalla de Honor del Congreso y murió en Nueva York el 3 de mayo de 1914.

⁹ Nació el 8 de enero de 1830 en Cold Spring, Nueva York. Humillado por sus superiores, renunció al generalato y se mantuvo como mayor en el cuerpo de Ingenieros. Murió en Newport, Rhode Island, y fue enterrado allí a petición del difunto sin honores militares. Sus últimas palabras fueron: “¡La bandera! ¡La bandera!”.





plataforma ideal para colocar la artillería desde donde podía ser enfilada toda la posición de la Unión y, evidentemente, el enemigo se estaba concentrando en los bosques cercanos para capturarla.

LOS HÉROES DEL 20° DE MAINE

El problema era encontrar las tropas necesarias. El general Sickles no podía ofrecer nada porque ya tenía lo suyo. Actuando por iniciativa propia, Warren contó con los hombres del coronel Strong Vincent¹⁰, que mandaba la tercera brigada de la primera división del quinto cuerpo. A redoble de tambor llegaron a la colina Little Round Top los cuatro regimientos que componían su brigada: el 83° de Pensilvania, el 44° de Nueva York, el 16° de Michigan y el 20° de Maine. Llegaron justo a tiempo para plantar sus colores y formar la línea de batalla en el flanco izquierdo de la Unión. La zona crítica quedó entonces reforzada, anulando así la amenaza al resto de la línea de la Unión. El último de los regimientos desplegados tenía a su derecha la línea federal al completo, pero a su izquierda no había nada, tan sólo la espesura del bosque que se encaramaba en las laderas de la colina. Vincent, que moriría pocas horas después en pleno fragor de la batalla, se dirigió al coronel que mandaba el 20° de Maine para insistirle: “Esta es la izquierda de la Unión. ¿Lo entiende? ¿Tiene que mantener esta posición a toda costa!”¹¹.

El regimiento 20° de Maine y el coronel que lo comandaba, Joshua L. Chamberlain, protagonizaron el hecho de armas más heroico, estudiado, representado e ilustrado de toda la guerra civil. La unidad se creó el 20 de agosto de 1862. Entonces era comandada por el coronel Adelbert Ames (1835-1933), que dejó el mando después de la batalla de Chancellorsville, en mayo de 1863. Sumaron en un principio 1.621 hombres, pero, tras un agotador año en el frente, tan sólo podían contar en sus filas con unos 389 infantes. Fue entonces, mayo de 1863, cuando tomó el mando el coronel Joshua L. Chamberlain. Había nacido el 8 de septiembre de 1828 en la ciudad de Brewer, Maine. Antes de la guerra fue profesor en el Bowdoin

¹⁰ Natural de Pensilvania, había nacido el 17 de junio de 1837, se erigió en uno de los héroes del día. Le comentó a su mujer: “Si caigo en la batalla recuerda que tu marido ha dado su vida por una de las causas más justas que pueda tener una viuda”.

¹¹ Chamberlain, *op. cit.*



College en Brunswick, Maine, donde impartió clases de Retórica. Sus estudios superiores le convirtieron en coronel sin apenas instrucción militar. El regimiento había caminado en cinco días unos 160 kilómetros y cuando llegaron a la colina siguiendo las instrucciones de Vincent,

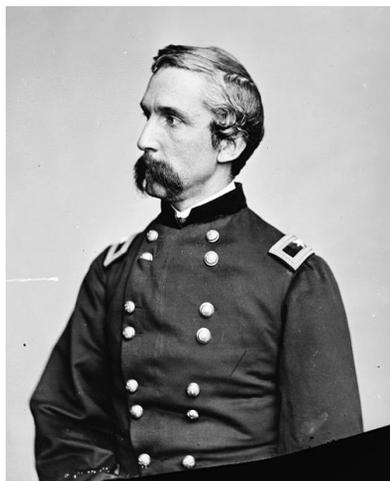


Fig. 51 Joshua L. Chamberlain

después de cubrir en el último día una marcha de unos 20 kilómetros desde Baltimore Pike, se encontró ante la arriesgada misión de mantener la posición a toda costa. Contaba la unidad con unas 60 balas por hombre y poca experiencia en combate, cuando Chamberlain se colocó junto a los colores de su regimiento y situó a sus hombres en dos filas.

Mientras tanto, Longstreet concluía con éxito su ataque tan tardío. Durante cuatro horas se produjeron las acciones más sangrientas de la

batalla en lugares que el paso del tiempo ha transformado en míticos, en las rocas glaciales de Devil's Den, Peach Orchard, Wheatfield... Sin embargo, los confederados no lograron penetrar en la línea que se extendía por Cemetery Ridge. La Unión resistía a través de una delgada línea que cada vez se parecía más a un anzuelo. Los hombres del 20º de Maine escuchaban los disparos de mosquetes y cañones en el valle, puesto que la espesura del bosque no dejaba ver el campo de batalla. Recorriendo la línea, Chamberlain daba ánimos a sus hombres para que cargaran sus mosquetes y atendieran las órdenes del corneta. Desplegó astutamente una compañía, la B, al mando del teniente Walter G. Morris más a la izquierda, como una reserva táctica, y ocultos para asegurar el flanco, se les unieron catorce tiradores de primera, que había huido de los combates de la base de la colina y provenía de otras unidades. El soldado Theodore Gerrish, del 20º de Maine, describió la batalla: "Diez minutos habían pasado desde que formamos la línea, pero no teníamos

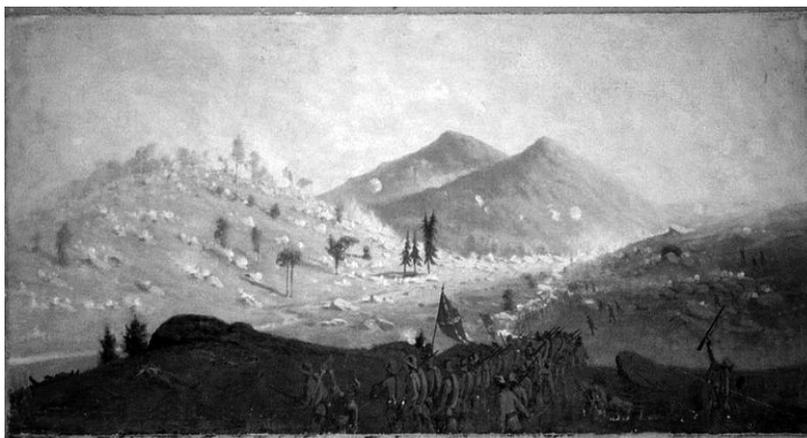


Fig. 52 Colina Little Round Top, al sur de Gettysburg, Pensilvania

indicios del enemigo. De pronto se escuchó: ¡Mirad! ¡Mirad! Exclamaron los hombres de nuestro regimiento a un tiempo. La carnicería comenzó, nuestro regimiento fue cubierto de humo y fuego”.

Los hombres que subían colina arriba eran los soldados del 47º de Alabama, unas siete compañías, y del 15º de Alabama, que se encontraban al mando de William C. Oates (1833-1910). Tampoco era un soldado profesional y se había hecho cargo del regimiento 15º de Alabama apenas dos meses antes. Pronto se inició el fuego, los confederados colina arriba disparaban a medida que avanzaban, los federales respondían con cargas de fusilería sin coordinar, las nubes de pólvora ascendían por las copas de los árboles y apenas despejaban ver el campo de batalla. Después de batidas infructuosas de sus hombres y de sangrientos ataques frontales, el coronel Oates cambió de estrategia. Hizo marchar a todo su regimiento a su derecha, para intentar una maniobra de flanqueo. Al darse cuenta, cuando observaba desde unas rocas, Chamberlain convocó a sus oficiales para explicarles sus nuevos planes: crearían una nueva línea en ángulo recto a su izquierda. Sacó los hombres necesarios de su línea de batalla y, con la ayuda del capitán Ellis Spear (1834-1917)¹², dobló la distancia a la que se encontraban los estandartes. Sin embargo, el ángulo recto no era

¹² Tras la guerra escribió un informe sobre la batalla en la que desmitifica el papel de Chamberlain en Little Round Top, lo que dio alas al teniente Holman S. Mercher (1841-1905) de convertirse en el auténtico protagonista de la famosa carga con bayoneta calada.



más que una *V* en la que las líneas de soldados se juntaban peligrosamente en apenas 45°. Mientras tanto, Chamberlain observaba junto a la bandera del regimiento y tras sus soldados los movimientos del enemigo. Nuevos ataques confederados sobre las siete de la tarde llegaron incluso al cuerpo a cuerpo, pero la línea de hombres encaramados en la colina seguía resistiendo precariamente, sin munición y no por mucho tiempo. Tan sólo sumaban 228 hombres. Chamberlain tenía que tomar una decisión trascendental si se producía un nuevo ataque confederado: no podía retirarse y no podía aguantar una nueva embestida de los rebeldes. Cuando un nuevo ataque confederado se veía en la linde del bosque, se hizo un silencio y se oyó a continuación una voz gritar: “¡Calen bayonetas...!”. Era Chamberlain, consciente de que no le quedaba otra opción que atacar colina abajo. No podían seguir luchando y si se retiraban a la cima, el flanco izquierdo de la Unión se borraría del campo de batalla. Volvió a traer el flanco izquierdo del capitán Spear con la mayor rapidez posible y lanzó una carga con la bayoneta calada en dos oleadas, como si se tratase de una puerta que barriese la colina.

Con la corneta de fondo, los hombres gritaron con sus mosquetes en posición y lanzaron un ataque que abatió de un plumazo a los confederados en la más absoluta de las sorpresas. El teniente Holman S. Melcher dio diez pasos al frente. “¡Adelante, adelante, muchachos...!”. Le siguió el sargento abanderado y su escolta. Los soldados ocultos de la compañía B salieron de su escondrijo en el momento más oportuno. Oates se salvó de ser capturado de puro milagro y gracias a un soldado de su propio regimiento. Después de la batalla confesó: “Corrimos como una manada de ganado”. Se capturaron más de 400 prisioneros, los hombres del 47° y el 15° de Alabama huyeron a retaguardia. En otras partes de la línea se aguantó a los rebeldes, sin embargo, a la altura del 16° de Míchigan, un poco más al norte, tuvo que actuar y dar ánimos a sus hombres el propio coronel Vincent que, con una fusta en mano, regalo de su mujer, gritaba: “¡Muchachos no les den ni una pulgada...!”. En ese momento fue alcanzado por una bala y moría cinco días más tarde en un hospital de campaña. Chamberlain alcanzó la gloria y recibió la medalla del Congreso treinta años después, el 11 de agosto de 1893, cuando ya había llegado al generalato y hubiera desempeñado en tres ocasiones el cargo de



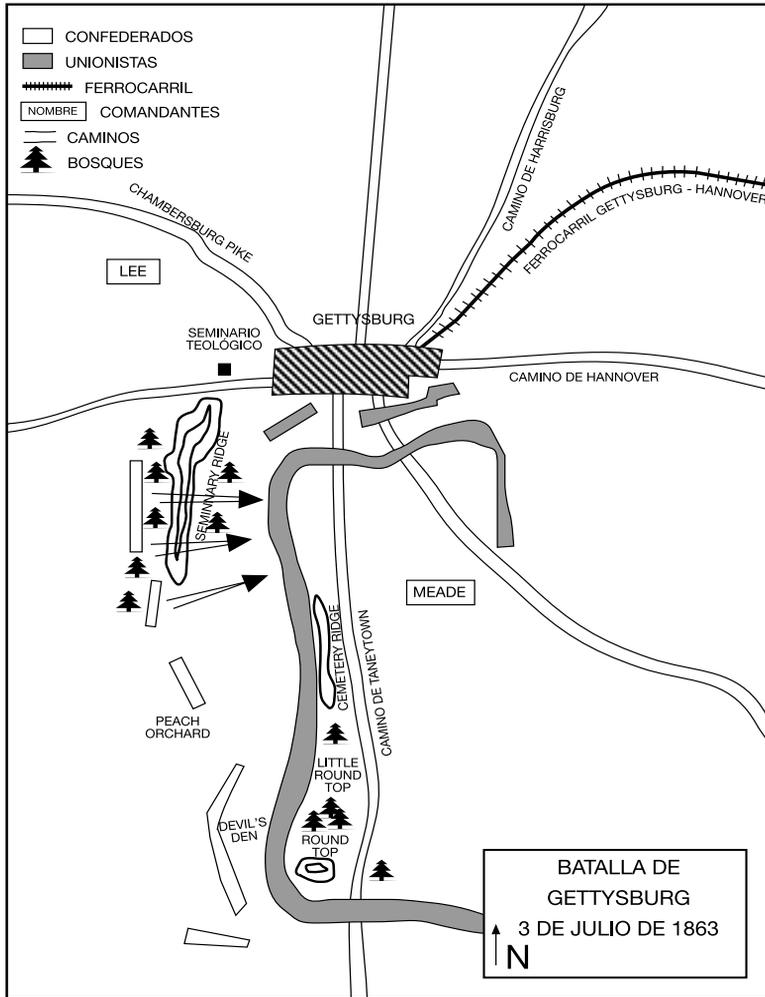


Fig. 53 Tercer día de batalla en Gettysburg

gobernador de su estado natal. La Unión había mantenido la izquierda en Gettysburg, uno de los hechos decisivos de la batalla, pues haría cambiar de estrategia al sagaz general Robert E. Lee.

A finales del segundo día de luchas desesperadas en torno a Gettysburg, el general Lee –no pensaba que lo superaban en torno a 20.000 hombres– todavía albergaba la esperanza de alcanzar el éxito. A últimas horas de aquel día, en el cuartel general de la Unión, se convocaba una



reunión de los más altos mandos en la que George Meade llegó a una única conclusión: sostener las posiciones al este de la línea de Cemetery Hill. Cuando todos los generales se fueron, Meade previó acertadamente al general John Gibbon —era el comandante en jefe del cuerpo de ejército que defendía el centro de la Unión— que resistiera la presión de cualquier asalto rebelde al siguiente día. Ya a las cuatro y media de la mañana, la artillería federal empezó a bombardear las posiciones de Ewell, en los alrededores de Culp's Hill durante unas cuatro horas, lo que produjo una desbandada de los confederados. Longstreet, que pretendía reemprender el ataque sobre la derecha federal a una hora temprana, no pudo hacerlo. Desbaratado el plan inicial de Lee de atacar por los flancos, centró su atención en el centro de la línea federal. Diseñó con prontitud un nuevo plan de ataque, que consistía en una carga en masa por unidades de reserva y un movimiento alrededor de la retaguardia federal a cargo de la caballería, que por fin llegó al campo de batalla a últimas horas del día 2 de julio de la mano de J.E.B. Stuart.

LA CARGA DE PICKETT

Longstreet, relucante, recibió el mando de la operación. Colocó unas 150 piezas de artillería a lo largo de Seminary Ridge, así cubriría el avance de la tropa cuando salieran de la linde del bosque donde se refugiaban, compuesta por las fuerzas de los generales George Edward Pickett, Isaac R. Trimble (1802-1888) y James Johnson Pettigrew (1828-1863), en total unos 15.000 hombres. El general Longstreet declaró después de la guerra lo que le había dicho a su superior: “En mi opinión, esos hombres dispuestos para la batalla no podrán tomar esa posición; estaban condenados al fracaso”. Una vez más, hubo errores de interpretación. Lee no había planeado que fuese un asalto aislado: tenía que estar apoyado por el resto de las tropas de Longstreet y de A.P. Hill. A la una de la tarde, las baterías resonaron en los prados de Cemetery Ridge para ablandar en lo posible las defensas yanquis. El coronel Edward Porter Alexander (1835-1910) hizo resonar sus cañones, pero apenas hicieron daño a las líneas de la Unión. Durante hora y media, la pequeña población de Gettysburg reverberó con el mayor cañoneo del mundo





conocido hasta la fecha¹³. Fue algo impresionante, pero en nada efectivo. Lee pensaba que el centro se encontraba desprotegido, pero se equivocó en calibrar las fuerzas de la Unión a lo largo de toda la línea de batalla¹⁴.

Cuando los confederados se quedaron sin munición de largo alcance y los federales retiraron su artillería de Cemetery Hill, el general George Pickett sacó a sus hombres de la linde del bosque para avanzar hacia el centro de la Unión. Cruzaron kilómetro y medio de terreno despejado hasta que se reunieron en un grupo de árboles, Seminary Ridge, el punto que Lee había marcado como eje de su avance. Mientras tanto, los soldados y artilleros de la Unión observaron a los infantes acercarse como si formaran parte de una revista militar en tiempo de paz. Los soldados confederados, en perfecta formación, se dejaban llevar por el redoble de los tambores y los vítores de los compañeros que se quedaban en retaguardia. La famosa carga de Pickett, como así pasó a la historia, no contó con la presencia del general, ya que se quedó en retaguardia para observar la batalla desde su caballo y con unos binoculares. Los soldados –en su mayoría regimientos de Virginia– iban a entonar el canto de cisne de su estado en la historia de Estados Unidos.

Se dio la orden de fuego y las filas grises de soldados fueron sacudidas por balas, cañonazos y metralla. Pero los sudistas avanzaron, mientras el grito rebelde se alzaba sobre el fragor de la batalla. Unos 150 hombres, valientemente dirigidos por el general Lewis Armistead¹⁵, entraron en las líneas de la Unión para confundirse en una masa de uniformes azules y grises. Longstreet no hizo ningún intento por apoyar el asalto y, de esta forma, la carga de George Pickett, como sería conocida en la posteridad, perdió su impulso y los supervivientes se encontraron aislados a casi un kilómetro y medio de sus propias líneas. Cayeron bajo el fuego unos 7.000 hombres. Lee se dirigió a Pickett para pedirle que su división se retirara y se reagrupara. El general Pickett le respondió: “Señor, ya no tengo división”. Tampoco la caballería confederada pudo hacer mella en las

¹³ Cau, *op. cit.*

¹⁴ Smith, *op. cit.*

¹⁵ Nació el 18 de febrero de 1817. Cuando estalló la guerra era coronel del 57° de Virginia. En la carga de Pickett llevó a su brigada hasta las líneas de la Unión con su sombrero ensartado en su sable para animar a sus hombres. Un tiro le alcanzó y murió días después. Estaba unido por una vieja amistad al general Hancock, que también fue herido en combate tras decirle a un oficial: “Hay momentos en los que la vida de un comandante no cuenta”.





filas de la Unión, donde pretendía entorpecer la retaguardia de los federales. “Todo ha sido culpa mía”, dijo el general Lee a los escasos hombres que regresaron, a quienes exhortó a formar una línea en Seminary Ridge para enfrentarse a un posible contraataque. Así terminó la batalla más sangrienta y grande jamás librada en el continente americano. Durante todo el día siguiente –festividad del 4 de Julio, Día de la Independencia de Estados Unidos– los cansados ejércitos se plantaron uno frente al otro sin buscar combate. Entre las filas de la Unión se escuchaban gritos de: “¡Rendición, rendición...!”. Esa tarde el buen tiempo se quebró, justo cuando el tren de 27 kilómetros de longitud cargado de bajas de la Confederación partía en dirección al Potomac y Virginia. De noche, cuando estuvo seguro de que el ejército de la Unión no atacaría, Lee también replegó el resto de sus tropas hacia el sur una vez más.

El ejército del Norte de Virginia sufrió pérdidas de más de 28.000 hombres de un total de 77.000 efectivos. El ejército del Potomac perdió más de 25.000 hombres de un total de 93.500. Lee sintió profundamente su derrota, aunque nunca mostró antes sus tropas la menor decepción. “Los hombres y oficiales a sus órdenes han dejado escrito el nombre de Virginia a una altura donde nunca había sido escrito antes”, le llegó a decir Lee en privado al general Pickett. Fue la última ocasión en la que los virginianos sintieron en sus venas la independencia y libertad de su tierra. La *Old Nation* –peculiar designación del estado de Virginia desde los días de su fundación– no pudo levantarse más en los campos de batalla después de Gettysburg, atestados de muertos y heridos. Una generación de virginianos había perdido la vida por unos ideales en los que se mezclaban de forma confusa el patriotismo con la causa justa del Sur.

Dirigió entonces el sagaz general Lee a su derrotado ejército de regreso a Virginia el primero de agosto. Tan pronto como pudo estableció una posición defensiva tras el río Rapidan. Todavía hoy se desconoce por qué razón Meade no atacó a su rival en pleno repliegue, pues tenía frente a sí a lo más florido del ejército Confederado. Lee ofreció entonces su dimisión al gobierno Confederado, pero el presidente Jefferson Davis no quiso aceptarla, asegurando al general Lee que su confianza en él continuaba intacta, a pesar de la derrota en Gettysburg. El Sur, por tanto, conservaba aún su mejor arma, el general Robert E. Lee, quien a partir de entonces





demonstraría con creces que el ejército del Norte de Virginia todavía podía golpear con fuerza a su oponente y en su propio terreno. Durante dos largos y sangrientos años se prolongaría la lucha entre hermanos en el suelo del Nuevo Mundo. La Confederación había perdido la iniciativa en la guerra, pero todavía no se había rendido.

ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

El conflicto marcó un punto de inflexión en la artillería de campaña, ya que como arma se mostró poco eficaz en los campos de batalla. Su acción fue muy discreta en alguna de las grandes batallas, puesto que todavía no se había perfeccionado como un arma de destrucción especializada como apoyo de la infantería. Los cañones de ánima lisa y carga por la boca –algunos con alcance no más lejano que los de un mosquete– dominaron las batallas. Pero a medida que la guerra progresaba aparecieron piezas de retrocarga más poderosas, anunciando una nueva era. El departamento de Ordenanzas de Estados Unidos, evitó las baterías de retrocarga a favor de dos tipos básicos de carga por la boca: el Napoleón de bronce fundido de 5 kilos –así llamado por su inventor, el emperador Napoleón III de Francia– y el rifle de 4 kilos de hierro forjado. Ambos tipos disparaban proyectiles sólidos, bombas explosivas y una diversa gama de metralla.

Las baterías de la Unión estaban normalmente equipadas con seis cañones del mismo tipo a las órdenes de un capitán. La unión de cinco baterías –en las grandes batallas– formaba una brigada de artillería, que estaban a las órdenes de un coronel. Dos cañones a las órdenes de un teniente constituían una sección. El cañón era atendido por unos siete hombres, junto con su avantrén¹⁶ con 50 tiros de munición mixta, que era arrastrado por un equipo de seis caballos o mulas. Otro equipo de seis caballos tiraba del retrótrén del cañón, que llevaba unos 150 tiros y una rueda de repuesto. En muchas ocasiones no era un carro, sino un avantrén al que se unía un elemento de carga. Este carro de municiones pesaba 1.729

¹⁶ El avantrén era un carro de dos ruedas, que llevaba un soporte para la munición. Se enganchara directamente detrás de un equipo de seis caballos, y remolcaba bien un armón, bien una carreta de municiones. La unión de una pieza tipo Napoleón y de un avantrén pesaba 1.750 kilos.





Fig. 54 Artillería de campaña de la Unión

kilos. Esta unidad de un solo cañón era dirigida por un sargento, el jefe de la pieza. Los federales calculaban tener entre dos o tres cañones por cada 1.000 infantes y concentraban sus baterías en divisiones, es decir, de cuatro a seis baterías por cada 12.000 hombres y también organizaban reservas de artillería para sus ejércitos. Estos cañones quedaban bajo el control del comandante general y demostraban ser particularmente efectivos cuando era necesario un fuego masivo, ya que podían ser desplegados como una unidad. El ejército del Potomac tenía más de cien piezas en la reserva. Junto al Napoleón, se usaron otros de menor calibre. Uno fue el llamado Parrot, del calibre 10, de ánima rayada, también de avancarga, pero más precisa y de mayor alcance.

La artillería de campaña confederada se disponía generalmente en baterías de cuatro cañones. A lo largo de la guerra fue difícil encontrar una batería de cañones que tuvieran las mismas clases de piezas. Como resultado, se produjeron problemas logísticos de suministros debido a la mezcla de calibres. El Sur comenzó con un batiburrillo de artillería —gran parte obsoleta—, propiedad de diferentes estados, ya que su capacidad para manufacturar cañones modernos era extremadamente limitada, por lo que las armas capturadas desempeñaron un papel fundamental para aliviar la escasez de medios confederados. Se cree que al menos un tercio de sus piezas pertenecieron en su momento a la Unión. Además,



algunas piezas importadas consiguieron burlar el bloqueo naval de los federales. No sólo se trataba de que tuvieran menos piezas, sino su calidad, y es que los cañones sudistas estaban contruidos con metales de peor valía. Otra desventaja era la calidad de la munición. Se decía en las filas sudistas que la combinación de la artillería yanqui con infantería rebelde daría como resultado un ejército imbatible. Las baterías confederadas consistieron generalmente en cuatro piezas, en contraste con la unión que eran seis. El recurrir a un menor número de piezas no era por motivos estratégicos, sino simplemente por no disponer de suficientes cañones. En consecuencia, una batería nordista se componía de seis cañones tipo Napoleón, seis avantrenes para el transporte de los seis armones, seis carros de munición, seis caballos para tirar de cada uno de los doce carros y ocho sirvientes, por lo que se necesitaban 48 sirvientes. De esos ocho sirvientes, uno era el sargento de la pieza. Por tanto, 42 soldados y seis sargentos. Además, cada tándem de dos piezas estaba a cargo de un teniente, en total, tres tenientes, y la batería en su conjunto al mando de un capitán. Sumando todos, el total de integrantes de una batería era 52, aunque normalmente eran más, si sumamos los encargados del cuidado de los caballos.

Paradójicamente, la artillería importada –generalmente de Gran Bretaña– representaban los cañones más modernos disponibles: los Whitworth y los Armstrong de retrocarga. Ofrecieron un poder y una precisión excepcionales, puesto que estos soberbios cañones eran capaces de alcanzar más de cuatro kilómetros. Hay que tener en cuenta que no existían sistemas de control de fuego indirecto que pudieran guiar las balas a un blanco que no fuera visible por el equipo de los cañoneros. Por tanto, quedaron relegados al mismo uso que los cañones de carga por la boca y utilizados como apoyo directo. Sería en posteriores conflictos bélicos cuando el arma de artillería mejorase su rendimiento en el campo de batalla. Como el Sur también tenía escasez de caballos, los cañones rebeldes eran a menudo trasportados por tiros de sólo cuatro caballos, lo que redundaba en una menor efectividad. Las baterías fueron al principio encuadradas a las brigadas y se usaban gradualmente en las batallas. Sin embargo, a mediados de la guerra, cuando el esfuerzo bélico llegó a ser total, se reorganizaron en batallones de cuatro baterías



y cinco componían ya un cuerpo. Este hecho aumentó su efectividad enormemente en el campo de batalla.

PERIODISMO DE GUERRA

Los primeros periodistas y fotógrafos de guerra aparecieron durante la guerra de Crimea (1853-1856). Con anterioridad a este enfrentamiento bélico ya existía el periodismo de guerra, pero será a mediados del siglo XIX cuando surja como lo conocemos hoy. En aquel tiempo los reporteros de los periódicos de Londres fueron enviados con el ejército inglés que combatía en la península de Crimea. La historia ha conservado el nombre del periodista de *The Times*, William Howard Russell (1820-1907), y el del fotógrafo Roger Fenton (1819-1869). Russell viajó a Estados Unidos, pero llegó demasiado tarde a la batalla junto al Bull Run, pero contempló la retirada en desbandada de la Unión y escribió un vívido relato de ello. Como resultado de sus crónicas, no fue autorizado a marchar con el siguiente avance de las tropas federales y durante un tiempo corrió serio peligro de linchamiento por norteamericanos encolerizados. Volvió a Inglaterra en abril de 1862. De todas formas, la labor de los periodistas en los conflictos siempre había sido hasta entonces la de edulcorar en muchos casos lo que pasaba más allá de sus fronteras. Fenton, por ejemplo, que fue enviado a Crimea a instancias del príncipe Alberto, no muestra en sus instantáneas los cadáveres de los soldados sino apacibles momentos de ocio de los oficiales británicos.

“El periodismo es el primer borrador de la historia”, declaró Philip Graham, director del *Washington Post*. Gracias a la proliferación de la prensa escrita en el Nuevo Mundo nos acercamos con bastante fiabilidad a los sucesos ocurridos en la guerra civil. La guerra era una noticia importante. Miríada de periodistas y artistas, tanto norteamericanos como extranjeros, seguían a los ejércitos por cualquier teatro de operaciones. Estos corresponsales no tenían ningún estatus oficial y eran tolerados —o no, según el caso— por los oficiales veteranos de las fuerzas a las que iban destinados. En líneas generales no existió una censura previa como la conocemos en nuestros días, de ahí que en una ocasión dijera Abraham Lincoln, “dejen que el pueblo se entere de los hechos y el



Fig. 55 El incendio de Columbia, según William Waud

país estará seguro”. Y tuvo el presidente predilección por uno de ellos, Noah Brooks (1830-1903), que posteriormente escribiría una biografía del finado presidente en 1895. También destacaron las crónicas del conflicto de Charles C. Coffin (1823-1896) o A. Townsend (1841-1914), que también destacó por las crónicas que escribió en las honras fúnebres por el presidente asesinado. Las comunicaciones transatlánticas eran lentas, así que las noticias de los periodistas de ultramar, como las de Russell, tardaban mucho tiempo en ser impresas. La misma pega no detuvo a los periodistas locales, aunque las distancias eran enormes entre un teatro de operaciones y otro. La rivalidad era inmensa, sobre todo, entre los grandes periódicos neoyorquinos, por ser los primeros en la calle con las últimas noticias de las zonas de combate.

La industria periodística del Norte floreció durante la guerra, gracias a la publicidad y el aumento constante de la tirada. En Estados Unidos se dio paso a una prensa moderna y a la cabeza en el desarrollo tecnológico. No obstante, en el Sur los periódicos se redujeron a medida que la guerra se alargaba y el bloqueo de los puertos de la Confederación se hacía cada vez más fuerte. El papel escaseaba, al igual que la tinta y no existían repuestos para las rotativas. Lo único que permaneció constante en ambos



bandos fue la incansable sed de noticias del público. Mientras los civiles compraban periódicos para informarse sobre la guerra –recordemos que se contabilizaron durante todo el conflicto unas 10.000 batallas– y comprobar la lista con las bajas así como los desaparecidos, los soldados de ambos bandos lo hacían porque los mantenía en contacto con lo que sucedía en casa o porque se informaban de primera mano, sin intermediarios, de lo que pasaba en los campos de batalla y en los despachos de los políticos. La tropa tenía varias formas de conseguir periódicos: a través de suscripciones por correo –a un ruinoso coste de diez centavos, compartido entre varios hombres–, directamente a los vendedores que llegaban a los campos, o bien porque se los enviaban sus familias. La imagen de los cuarteles de invierno en la que los soldados leían la prensa junto a algún fuego para matar el aburrimiento se hizo muy habitual.

Aunque la fotografía era frecuente en la época, la técnica para reproducir imágenes monocromáticas en los periódicos no se había desarrollado todavía. Los grabados eran el único medio de ilustración, así que artistas especializados como Alfred R. Waud (1828-1921) eran necesarios para dibujar escenas del frente. Muchos de los dibujantes, que se apostaban en algún otero desde donde observar los movimientos de una batalla, perdieron trágicamente sus vidas. En 1864 el hermano de Alfred, William Waud (1832-1878), que hasta ese momento trabajaba en otra cabecera, se unió al personal del *Harper's Weekly*¹⁷ y trabajaron juntos durante el asedio de Petersburg. La mayoría de los ilustradores eran muy jóvenes, estaban entre los 20 o 30 años, ya que alguien de más edad no hubiera soportado las largas marchas, la escasa comida y la agilidad necesaria para huir cuando las cosas se ponían feas en el frente. Una de las novedades que presentaba la prensa en Estados Unidos en la década de los cincuenta fue la aparición del semanario ilustrado. Uno de los primeros semanarios de cierto éxito fue el *Frank Leslie's Illustrated Newspaper*, fundado en 1855, al que le siguió tal vez el más difundido y de mayor prestigio, el *Harper's Weekly*, de 1857, y dos años más tarde le seguiría el *New York Illustrated News*.

¹⁷ Comenzó su publicación en 1857 gracias a los hermanos James, John Fletcher y Wesley Harper. En 1860 llegaron a tirar 200.000 ejemplares. Su actitud tibia con la esclavitud por no perjudicar a sus numerosos lectores en el Sur se abandonó cuando estalló la guerra y tomó partido por la Unión. Desapareció en 1916, al fundirse con *The Independent*.





A principios de 1861 todos los periódicos ilustrados de Estados Unidos se publicaban en Nueva York, y aunque siempre se habían distribuido en el Sur, el tráfico se detuvo en mayo, cuando el correo entre las zonas se canceló por el inicio de las hostilidades. De todas formas, el Sur buscaba afanosamente realizar algo parecido. Lamentablemente, la situación económica como consecuencia del bloqueo no permitía editar con garantías una edición semejante. Además, se planteaban otras cuestiones, como por ejemplo, la objetividad que presentaba el Norte en sus informaciones y la falta de transparencia informativa al otro lado del Rappahannock, cuando la suerte en la guerra cambió de bando. Sin embargo, podemos destacar a un artista en el Sur comparable a sus rivales del Norte: Frank Vizetelly (1830-1883). Cubrió para los lectores británicos la campaña de Garibaldi en Sicilia. Como consecuencia de su éxito fue enviado por el *Illustrated London News* para cubrir la guerra civil. Después de asistir a la primera del Bull Run y no ser del agrado de los políticos de Washington, se marchó al Sur hasta el final de la guerra. Sus primeros grabados muestran desfiles en la capital antes de partir al frente y su vida cotidiana, con algunas licencias artísticas.

Pero no sólo los hermanos Waud coparon la doble página central de las principales publicaciones. No podemos olvidar los nombres de Arthur Lumley (1837-1912), Theodore R. Davis (1840-1894), William T. Crane (1832-1865), Francis H. Schell (1834-1909), Edwin Forbes (1839-1895) y Henri Lovie (1829-1875). Estos artistas se movían por Virginia, lugar mejor comunicado que otros frentes y porque era aquí donde se libraba la mayor parte de las batallas. Otras de las necesidades básicas era la presencia de una oficina de correos para enviar sus obras. Aquellos dibujos –con fuertes pliegues que denotan que fueron doblados para ser enviados de cualquier forma– cambiaron en cierta manera el curso de la guerra, ya que muchos investigadores consideran que Lincoln estuvo muy bien informado de la ineficacia de sus generales gracias a la prensa¹⁸.

¹⁸ Schulze Schneider, *op. cit.*



VICKSBURG, LA UNIÓN SE APODERA DEL MISISIPÍ

En el verano de 1861 fue ignorado el consejo del general Winfield Scott para acabar con la Confederación. Proponía en un principio evitar una marcha sobre Richmond y centrarse en descender por el río Misisipi y estrangular así a la nueva nación. Lo que se conocía como Plan Anaconda se guardó en un cajón. Sin embargo, la guerra que iba a durar tres meses se estaba prolongando y Estados Unidos se desangraban sin encontrar una salida viable del conflicto. A finales de 1862 y principios de 1863 muchos políticos y militares retomaron las propuestas del general Scott, pero el gran obstáculo residía en los cañones situados en la ciudad de Vicksburg, Misisipi, que con mucho acierto era considerada el Gibraltar de la Confederación. La ciudad obtuvo su nombre de un ministro metodista llamado Newit Vick, que compró unas tierras a principios del siglo XIX y empezó a desarrollar la ciudad. Durante mucho tiempo fue un centro comercial de importancia, pues ya en la década de 1860 era la mayor ciudad del estado, por encima incluso de Jackson, la capital. Estas circunstancias no pasaron desapercibidas a los federales desde el inicio del conflicto aunque se desechase poner en práctica de forma seria y planificada el Plan Anaconda en un principio. Ya el 23 de abril de 1862 fue tomada la ciudad de Nueva Orleans, Luisiana, por David G. Farragut, así como la capital del estado, Baton Rouge, el 5 de agosto de ese mismo año. Una fuerza expedicionaria en mayo y otra en junio fueron rechazadas después de tantear las defensas de Vicksburg, pero Ulysses S. Grant venció a finales de año en las batallas de Corinth y Iuka, al norte del estado de Misisipi, por lo que los unionistas se situaron cada vez más cerca del control del gran río. Si Vicksburg caía en manos de la Unión, los estados de Arkansas, Luisiana y Texas serían separados del resto y el bloqueo de la Confederación sería completado. Se necesitaba un líder capaz de conseguirlo y el tiempo necesario para crear un ejército solvente.

El general Ulysses S. Grant era ese hombre. Se convirtió en la clave de la campaña de Vicksburg gracias a su tenacidad. Había nacido el 27 de abril de 1822 en Point Pleasant, Ohio. Estaba orgulloso de sus antepasados de Nueva Inglaterra –su abuelo había luchado contra los



Fig. 56 Ulysses S. Grant

británicos en la batalla de Bunker Hill, 17 de junio de 1775— aunque se había criado en el Medio Oeste. Después de servir en la guerra de México, con una vida militar en tiempos de paz sin distinción y una serie de trabajos como civil sin éxito, regresó al servicio activo en 1861 para organizar regimientos en Illinois. Entró en acción en el frente del Oeste, sin distinguirse especialmente. Sin embargo, a comienzos de 1862, tomó el fuerte Henry sobre el río Tennessee, lo que le transformó en un héroe en el Norte, que no podía celebrar en aquellos meses ninguna victoria. Desde entonces el presidente Lincoln confiaría una y otra vez en el impulsivo Grant. Se sabe que era proverbial su incultura, un hecho que no le impidió llegar a presidente de Estados Unidos entre 1869 y 1877. En plena campaña de Vicksburg recibió una visita especial del hijo del duque de Wellington, el vencedor de Napoleón en Waterloo. El general Grant comentó al saludarlo: “Creo que su padre era militar, ¿no es así...?”.

El final del verano de 1862 no podía ser más desesperante para el Norte. Lee había invadido Maryland y fue parado en Antietam, donde en un solo día murieron 12.000 hombres. El resultado fue un empate técnico y



la amenaza de un reconocimiento de la Confederación por parte de Gran Bretaña se hacía más real que nunca. Lincoln necesitaba una victoria y cuanto antes mucho mejor. En diciembre de 1862 planeó Grant una primera aproximación a Vicksburg. Marcharía hacia el sur con 30.000 hombres y su principal preocupación no era otra que mantener una línea de suministros. Adentrarse en territorio enemigo y mantener operativo a su ejército era un riesgo elevado, pues contaba con una sola vía férrea que no podía vigilarse todo el tiempo. Entonces confió en William T. Sherman. Le ordenó que fuese aguas abajo y bombardease con sus cañoneros Vicksburg. Grant lo haría por tierra. El 20 de diciembre de 1862 se produjo la primera contrariedad, el depósito federal de Holly Springs fue atacado por la caballería confederada. Grant tuvo que volver al norte y actuó en consecuencia, pues en esa época era un axioma aceptado por la estrategia militar que un ejército que actuaba en territorio hostil debía asegurar sus suministros y comunicaciones, pero Grant cambió el razonamiento, porque se dedicó a vivir de los recursos del lugar en el que se encontraban estacionados sus hombres.

Mientras tanto, Sherman seguía con sus planes, pues la línea telegráfica fue cortada por los sudistas y desconocía que Grant había vuelto al norte. El 26 de diciembre desembarcaba a unos once kilómetros al norte de Vicksburg, el encuentro con los confederados tuvo lugar durante la mañana del 29 de diciembre. El general confederado John C. Pemberton (1814-1881) le esperaba en una favorable posición defensiva, las colinas de Chickasaw. El resultado fue inevitable, los hombres de Sherman se vieron obligados a retroceder. Con el invierno encima el ejército federal dudaba entre elaborar planes nuevos y reorganizarse para lo que se suponía iba a ser una campaña larga y cruenta, pues todavía la Confederación tenía una posición sólida. Para el Norte ese invierno fue uno de los más crudos bélicamente hablando. Lincoln tenía tres ejércitos en combate, en el Tennessee, en Virginia y en el Misisipi. El más prometedor era este último, ya que la derrota en Fredericksburg dejaba con algunas opciones a Grant y a Sherman. Lo más lógico era apostar por el teatro de operaciones del Oeste. El general Ulysses S. Grant decidió ocupar a su tropa en los cuarteles de invierno, lo que produciría una duda constante a Pemberton –asumió el mando de las tropas confederadas en la zona– sobre cuál sería la línea





de aproximación de los federales a Vicksburg. En primer lugar Grant les mandó construir un dique, algo más tarde conectar un lago con el cauce del río y, por último, el ensayo de varias rutas para aproximarse a Vicksburg y evitar sus cañones, en un intento de no dejar a su tropa ociosa durante el invierno. Todas ellas fracasaron porque los problemas surgían constantemente. La mejor noticia era que la primavera estaba llegando y el cieno se retiraba de las posiciones más elevadas.

Casi a finales del mes de marzo de 1863 se comenzó a buscar un camino más abajo de Vicksburg y, por tanto, lejos del alcance de sus cañones. Grant contó para ello con el almirante David D. Porter (1813-1891), que poseía ocho cañoneros protegidos por planchas de acero y tres vapores cargados de repuestos. Cada barco tenía anclado en el costado, que no se orientaba a la ciudad, una barcaza cargada de carbón, por lo que no habría escasez de combustible. El paso sería por la noche para engañar al enemigo y al frente se situaría su buque insignia, el *USS Benton*. La operación comenzó a las diez y media de la noche del 16 de abril. Mientras tanto, Sherman realizó una maniobra de tanteo para confundir a los confederados y hacerles creer que el ataque sería más al norte. Después de algunas peripecias, el objetivo de aquella noche se cumplió, los federales poseían una cabeza de puente en la orilla este del río Misisipi, habían burlado las defensas de Vicksburg. Ahora Grant tenía las manos libres para hacer sus planes.

El día 29 de abril comenzó sus ataques con ocho cañoneros, pero un golpe de suerte le facilitó las cosas. Una patrulla de federales hizo prisionero a un esclavo, gracias a sus recomendaciones atracaron en otro punto de la orilla y no en el que se pensó en un principio. Con 20.000 hombres desembarcados se encontraba en territorio enemigo y sin una línea de suministros que le siguiera, pero contaba con una fuerza formidable que iba a utilizar con toda su contundencia. Su vanguardia comenzó a moverse con rapidez y no tardó en caer puerto Gibson. La marcha sobre Vicksburg había comenzado. Luego fue tomada la capital del estado, Jackson, después de un feroz ataque el 14 de mayo. El general Johnston, que comandaba las fuerzas confederadas en el Oeste, se vio obligado a retirarse al norte. La ciudad cayó en la



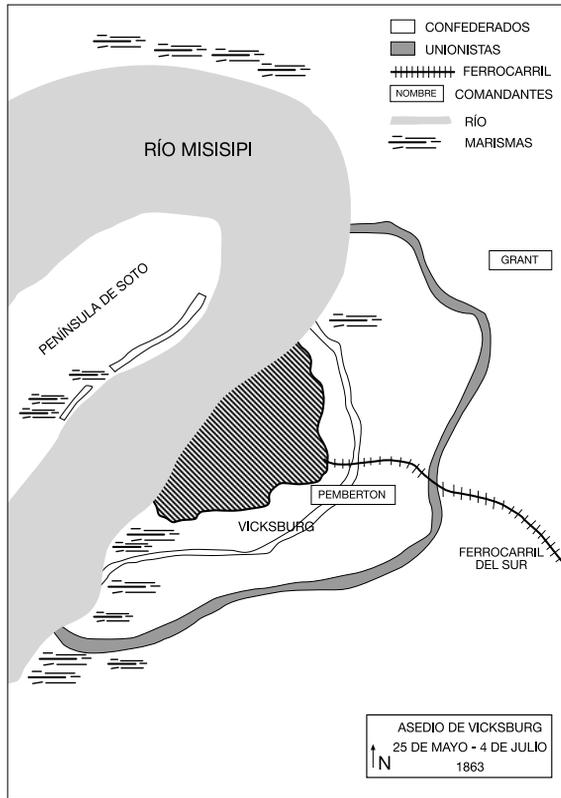


Fig. 57 El asedio de Vicksburg

anarquía, un periodo de destrucción que se repetiría con otras ciudades del Sur hasta el fin de la guerra¹⁹.

Ahora por fin Grant tenía el camino despejado. Un artillero de la Unión escribió: “Si alguna vez existió un ejército jubiloso esa noche lo fue el de Grant”. Se encontraban los federales a 60 kilómetros al oeste de Vicksburg. Los confederados estaban divididos y confusos, y Grant tenía prisa en acabar cuanto antes porque sabía que los refuerzos desde el este no tardarían en llegar. La batalla tenía que plantearse cuanto antes. A las siete de la mañana del 16 de mayo, dos días después de ocupar Jackson, se

¹⁹ La irrupción de las fuerzas de la Unión en el profundo Sur produjo la creación de bandas de desertores que se constituyeron en auténticos ejércitos. Dominaban zonas alejadas del control federal, tal fue el caso del condado de Jones, Misisipi, que se declaró estado libre, al mando del capitán Newton Knight, que estaba casado con una esclava. Jamás fue reconocido como entidad soberana, ni por el Norte ni por el Sur.



encontraron las fuerzas de vanguardia en Champion Hill, que dominaba el camino hacia su objetivo. Se trataba de una elevación sobre el terreno abrupto y boscoso, y el choque que se produjo fue uno de los más sangrientos de toda la campaña de Vicksburg, que se encontraba ahora tan sólo a 32 kilómetros. Grant se apuntó una nueva victoria, su superioridad de hombres y pertrechos no se hizo esperar. Tan impaciente estaba el general Grant que puso a sus hombres en marcha a las cuatro de la mañana del día siguiente.

El 18 de mayo ya se veían las defensas de Vicksburg desde el este. Sherman marchó más al norte para apoderarse de un terreno elevado frente a la ciudad. Los víveres llegarían gracias a los botes del almirante Porter. Todo era cuestión de esperar. Alrededor de la ciudad, el general confederado John C. Pemberton dispuso una línea defensiva de unos 11 kilómetros de longitud y calculó, con las raciones que poseía, que podría aguantar alrededor de 60 días. Un oficial de la Unión escribió asombrado en su diario cuando observó en el horizonte la ciudad del Misisipi: “Una larga línea de colinas altas, abruptas e irregulares, que destacaban claramente frente al cielo, coronadas de cañones que asomaban ominosamente desde troneras a derecha e izquierda, hasta donde llegaba la vista”. Grant también pensaba que las defensas parecían formidables y corría el riesgo de caer en un exceso de confianza. Después de muchos días de duras marchas, primero con lluvia y luego con barro los soldados se encontraban con raciones completas, mejor clima y un campamento organizado.

El primer ataque se produjo en la mañana del 22 de mayo con un cañoneo implacable sobre la ciudad. Luego llegó el primer asalto. En el centro, los regimientos avanzaron a través de una lluvia de metralla, en el sector sur algunos soldados ondearon las barras y estrellas después de asaltar algunas trincheras, pero fue inútil. Grant se convenció de que la única solución era prepararse para un largo asedio, por ello sus hombres comenzaron a cavar trincheras para acercarse poco a poco a las defensas confederadas. Los refuerzos federales llegaban casi a diario, elevando la moral de la tropa. En ese momento de inactividad relativa frente a Vicksburg, un corresponsal del *New York Herald*, de nombre Sylvanus Cadwallader, describió una borrachera de Grant que duró dos días, una de las acusaciones que el general recibía constantemente. La polémica se





levantó en Washington, sin embargo, era el general en el que más confiaba el presidente Lincoln. Un día el presidente le contó a uno de sus consejeros: “Tuve que recibir una mañana una delegación encabezada por un doctor en Teología de Nueva York. Me expuso la conocida queja de la afición de Grant por el whisky. Cuando terminó le pregunté de dónde sacaba Grant ese whisky. Me miró con asombro y le comenté a continuación: Tenga seguro que si usted sabe de dónde lo saca, voy a hablar ahora mismo con el intendente jefe del Ejército para que envíe una buena caja a mis generales que aún no han ganado una batalla”²⁰.

Para los confederados encerrados en Vicksburg las semanas se hacían cada vez más terribles. La comida empezó a escasear y peor aún fue con el agua potable. Los soldados lo asumieron con estoicismo. El coronel Smith, del 2º de Texas, afirmó: “Hasta el último momento los hombres aguantaron el sitio con alegría y sin quejarse”. Vicksburg se encontraba en una situación deplorable. Un soldado confederado escribió en su diario: “Los combates se libran ahora de una forma bastante sistemática; por la mañana parece que nos dejan desayunar, después comienza el trabajo destructivo”. La mujer de un comerciante se refugió en una cueva y allí dio a luz a su hijo, que llevó por nombre Siege, asedio en inglés. Muchos civiles tomaron la misma decisión, alojarse en cuevas. “Era vivir como raíces, estábamos a merced de las serpientes”, recordó una mujer después de la guerra. La única esperanza de los sitiados era la llegada de las fuerzas de Johnston, unos 32.000 hombres. A finales de junio se aproximaba por el sur y había planeado un ataque de diversión para que las fuerzas de Pemberton lanzaran un ataque a campo abierto. La realidad era otra bien distinta. Ni Pemberton ni Johnston podían librar combates con garantías ante las formidables fuerzas federales. Johnston preparaba su ataque para el día 6 de julio. Pero a las diez de la mañana del día 3 comenzaron a aparecer banderas blancas a lo largo de todo el frente. La rendición era un hecho, los soldados unionistas entraron en la ciudad una soleada mañana de sábado para celebrar dos cosas, el final del asedio y el Día de la Independencia, era cuatro de julio. Los federales hicieron un total de 31.000 prisioneros, capturaron 170 cañones y 60.000 mosquetes, y a continuación

²⁰ Ballard, *op. cit.*





Grant evitó cualquier tipo de humillaciones con los vencidos²¹. En cuatro días de julio la guerra había cambiado de dirección.

La superioridad de hombres del Norte era evidente y ya no existía el peligro del reconocimiento internacional de la Confederación. Cinco días después de la caída de Vicksburg, puerto Hudson, el único punto que los confederados controlaban en el Misisipi caía en manos de la Unión. Poco antes su guarnición había agotado la totalidad de suministros, la lucha contra la enfermedad había reducido considerablemente el número de hombres capaces de defender las trincheras. Cuando el general confederado Gardner se enteró de que habían entregado Vicksburg, se dio cuenta de que su situación era desesperada y que nada podría hacer para continuar. Los términos de entrega se negociaron, y el 9 de julio los confederados que depusieron sus armas, poniendo fin a 48 días de continua lucha. El capitán de navío de la Unión Thornton A. Jenkins aceptó la renuncia. El presidente Lincoln, desde su despacho, lo expresaba mejor: “El Padre de las Aguas –en referencia al Misisipi– vuelve a dirigirse al mar sin ser molestado”.

EL DISCURSO DE LINCOLN

El jueves 19 de noviembre de 1863, cuatro meses y medio después de la batalla de Gettysburg, se reunieron en esa ciudad de Pensilvania un buen número de políticos llegados de Washington. Todavía no eran conscientes de que la batalla más grande sucedida en tierra americana iba a suponer el cambio de rumbo del conflicto. Entre los políticos unionistas destacaba el presidente Abraham Lincoln por su estatura y su pálido rostro²². Se iba a consagrar un cementerio en memoria de los más de 100.000 soldados caídos en combate, tanto confederados como federales. Llegó la hora de los discursos. Lo

²¹ Hankinson, *op. cit.*

²² Existe una curiosa controversia sobre una fotografía de la época en la que se observa al presidente junto a una locomotora en la estación de Gettysburg. Para algunos autores es un documento único de aquel día, para otros es la imagen de un señor con un tremendo parecido físico, ya que el pintor Fletcher Cransom mostraba a Lincoln con barba en su famoso cuadro *Lincoln at Gettysburg*.





Fig. 58 El discurso de Lincoln en Gettysburg

que se conoce como el Discurso de Gettysburg fue en un principio la alocución pronunciada por Edward Everett (1822-1909), reconocido diplomático y académico, considerado el mejor orador de su época. El discurso de Everett tenía la friolera de 13.609 palabras y duró unas dos horas. En contraste, las breves palabras de Lincoln, que fue el último en subir al estrado, resumieron la guerra en dos o tres minutos, en concreto en diez oraciones y en menos de 300 palabras.

Se subió al atril, sacó un papel doblado del bolsillo y comenzó a leer. Merece la pena que reproduzcamos a continuación tan célebre texto: “Ochenta y siete años ha, nuestros padres crearon en este continente una nueva nación, concebida bajo el signo de la libertad y consagrada al principio de que todos los hombres nacen iguales. Estamos ahora envueltos en una vasta guerra civil que pone a prueba la idea de que esta nación, o cualquier otra así concebida y consagrada, pueda por largo tiempo subsistir. Nos hemos reunido en la escena de una de las grandes batallas de esa guerra. Hemos acudido para dedicar parte del campo de batalla a que sirva de última morada de quienes dieron sus vidas para que la nación viviese. Es enteramente justo y propio que obremos de este modo. Con todo, a decir verdad, mal podríamos dedicar, ni consagrar, ni glorificar

este campo. Los valientes, vivos aún o muertos ya, que aquí combatieron, lo han consagrado muy por encima de nuestros escasos poderes. El mundo apenas sí advertirá o recordará lo que aquí se diga, mas no podrá olvidar jamás lo que aquí hicieron aquéllos. A los vivos nos corresponde, ante todo, dedicarnos a completar la obra que tan noblemente adelantaron los que aquí combatieron. Más bien, nos corresponde a nosotros dedicarnos a la ingente tarea que nos aguarda: que esos muertos venerados inspiren en nosotros una mayor devoción a la causa por la cual dieron ellos la postrera suma de su fe; que aquí solemnemente proclamemos que estos muertos no habrán muerto en vano; que esta nación, bajo la guía de Dios, vea renacer la libertad, y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la faz de la Tierra”. Los asistentes se quedaron perplejos, pues apenas tuvieron tiempo de acomodarse cuando el presidente ya había terminado, sin embargo su efecto fue fulminante en la Historia. Su influencia ha sido muy grande, y no sólo en Estados Unidos, pues la fórmula del “gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo” para definir la democracia, fue adoptada en el artículo segundo de la Constitución de la V República francesa. Incluso algunas palabras se citaron en los tristes días que siguieron a los atentados del 11 de septiembre de 2001 en la ciudad de Nueva York.

